

hasta entonces ningun pesar habia producido tanta mella como aquel en su corazon.

Representaba á sus ojos la más negra de las ingratitudes, no ya por la parte de sus enemigos, sino por la de los monarcas de España, que tanto le debian, y no queriendo dar crédito todavía á lo que Roldan le habia contado, aguardó con ansiedad á que Ojeda cumpliese su promesa de ir á Santo Domingo para apurar en aquella entrevista hasta la última gota de hiel del cáliz de amargura que la adversa fortuna la brindaba en el ocaso de su vida.

Pero antes de pasar adelante, querrán sin duda alguna mis lectores saber de qué manera habia logrado enriquecerse Américo Vespucio, y los verdaderos móviles que habian impulsado á Fonseca á facilitar la expedicion de Ojeda, y voy á complacerles.

Capítulo LXXV.

Una historia dentro de otra.

Cuando se dió la órden en la córte de España de perseguir y castigar á los que habian calumniado á Colon, Américo Vespucio pudo, como recordarán mis lectores, escaparse á Portugal, y fué resuelto á sacrificarlo todo á la fortuna que deseaba proporcionar á su hija.

Por de pronto logró ponerse en salvo, y aunque modestamente, vivió algun tiempo en Lisboa, ayudado con el producto de su trabajo y los auxilios que, para tenerle siempre propicio, le enviaba Fonseca.

Sin más idea que la de enriquecerse á cualquier precio para resarcir á su hija de la fortuna que le habia arrebatado, su génio activo y emprendedor le ins-

piraba infinitos proyectos, que se estrellaban en las escasas relaciones que tenia en Lisboa y en su carácter de desterrado.

Aun cuando era en la corte lusitana una buena recomendacion la de ser enemigo de Cristóbal Colon, cuando supieron que Américo era italiano, y por lo tanto compatriota del almirante, dudaron de su sinceridad y atribuyeron á despecho lo que ellos hubieran querido que fuese odio.

Viendo que eran inútiles cuantos esfuerzos hacia para encontrar los medios de ocupar una oposicion, ó de dedicarse á una industria que pudiera facilitarle la realizacion de sus deseos, escribió al obispo Fonseca pidiéndole siquiera alguna carta de recomendacion para que el clero de Lisboa le amparase y le apoyase en sus propósitos.

En aquella carta revelaba al prelado los poderosos motivos que tenia para desear enriquecerse, y conociendo Fonseca que aquel estímulo, apoyado por él entonces, podria más tarde, cuando necesitara á Américo, darle los mejores resultados, proporcionó al desterrado una eficaz recomendacion para el prior de un convento, persona muy querida y respetada entre los miembros de la nobleza portuguesa.

Fray Bartolomé Pozzos, que así se llamaba, recibió á Américo y oyó sus pretensiones.

—Soy un pobre italiano,—le dijo,—á quien la desgracia le ha conducido aquí. Despues de haber servido en España al duque de Médicis, acompañé á Colon en su segundo viaje al Nuevo Mundo. Pero aque-

llos países no son tan bellos ni tan buenos como los pintan. Los provisiones escasean, y las privaciones y los trabajos me acarrearon una penosa enfermedad. Regresé á España, fui llamado á declarar acerca de la verdadera situacion de los españoles en las Indias, y dije la verdad; pero llegó hace poco el almirante, influyó en el ánimo de los reyes y se fulminó una sentencia contra todos los que habíamos descrito con sus tristes colores el presente y el porvenir de los países descubiertos. Para no ser sepultado en un calabozo, tuve necesidad de pasar la frontera y refugiarme en esta hospitalaria nacion; pero me faltan recursos, soy jóven, quiero trabajar, necesito proteccion y amparo, y vengo á suplicaros que seais mi providencia.

Atendiendo á la recomendacion que llevaba y simpatizando con Américo, le ofreció fray Bartolomé buscarle algun empleo.

—Volved á verme dentro de algunos dias,—le dijo,—y entre tanto no carezcáis de nada. Si no podeis pagar un hospedaje, venid al convento; en él tendreis una celda. Si os faltan recursos para atender á vuestras necesidades, nosotros tenemos el deber de ser caritativos, y con vos, además del deber, tendremos la satisfaccion de auxiliáros.

Un momento despues se separó de él, besando humildemente su mano.

Fray Bartolomé resolvió, en efecto, prestarle auxilio.

Repasó en su imaginacion los elementos con que contaba, y no tardó en encontrar una magnífica proporcion de ocuparle.

Vivia en Lisboa una ilustre dama, célebre tanto por sus riquezas como por la historia de su vida, que era en extremo dramática.

Hija de un noble portugués, de la familia de los Vasconcellos, perdió á su madre siendo aún muy niña, y su padre, que en aquella época de descubrimientos se habia consagrado con amor á la marina, la dejaba durante sus expediciones al cuidado de una hermana suya.

Desempeñaba cerca de la reina un alto empleo, que hacia sufrir mucho á la jóven, porque tenia hijas, á las que preferia, como era natural, dando ocasion á Blanca, que así se llamaba la hija del marino, para echar de ménos las caricias de su madre.

Llegó la jóven á los diez y ocho años, y aunque no le faltaba nada de lo necesario para su cuerpo en casa de su tia, le faltaba todo para su alma.

Sólo gozaba cuando volvia su padre de algun viaje y permanecía á su lado algun tiempo.

Renació en su alma la alegría al saber que su padre, por consagrarse á su cuidado, renunciaba á sus expediciones marítimas.

Su rostró se animó.

Las lágrimas que siempre nublaban sus ojos desaparecieron por completo.

La alegría, que es otra nueva juventud, aumentó sus encantos, y las miradas de los más apuestos galanes se fijaron en ella.

Blanca amaba á su padre con delirio, porque desde muy niña habia sentido la necesidad de amar, y

encontrándose sola, al volver al lado del autor de sus dias reconcentró en él todo el afecto que hubiera tenido para los dos seres á quienes debia la vida.

Trascurrió algun tiempo feliz para el padre y para la hija, cuando aquel recibió la orden de salir en una carabela á perseguir á un corsario africano que tenia atemorizados á todos los capitanes de los buques mercantes que hacian el tránsito entre Portugal y Guinea.

No podia eximirse de cumplir aquella orden y participó á su hija su resolucion, anunciándola que mientras él estuviera ausente viviria con su tia.

—No, padre mio, no,—dijo Blanca;—he prometido no abandonaros, y no os abandonaré.

—En ese caso, me obligas á faltar á mis deberes.

—De ningun modo; servís al rey, y debeis cumplir su voluntad, pero yo puedo acompañaros.

—¿Qué es lo que dices?

—Os suplico que me lleveis en vuestra compañía.

—¿En una expedicion tan arriesgada como la que voy á emprender, cuando es posible que el corsario se resista á nuestras amenazas y necesitemos luchar con él!

—¿Qué importa? Con eso estando á vuestro lado os daré ánimo.

—No, no es posible; desiste de tu empeño,—la dijo su padre,

—En ese caso, despediros de mí para siempre,

porque cuando volvais me habré muerto de pena.

Tanto insistió la jóven, que resolvió su padre darla gusto, y se embarcó con ella.

El corsario era un árabe jóven, vigoroso, denodado.

Hacia muy poco tiempo que surcaba los mares, y ya era conocido entre todos los navegantes por su arrojo, por la serenidad con que desafiaba el peligro, por la generosidad con que trataba á los que caian en su poder.

El nombre de Almanzor y sus proezas habian despertado en Blanca un interés novelesco.

Temia que llegase el momento de encontrarle, y al mismo tiempo lo deseaba.

No tardó mucho en realizar su deseo.

La carabela que mandaba su padre divisó al corsario, y poniendo la proa hácia el sitio en donde se hallaba, fué resuelto á intimarle la rendicion.

—Nos ha visto, y sin embargo no se aleja,—dijo el vigia del buque.

El jefe de la embarcacion mandó izar la bandera de guerra, y sin embargo, la galera del corsario permanecia tranquila, esperando al buque como á un objeto inofensivo.

Al hallarse á una regular distancia, todavía habló el padre de Blanca con la bocina al pirata africano, diciéndole que se entregara á él si no queria arrosstrar los efectos del combate.

El corsario contestó á aquella amenaza dirigiendo su buque al portugués y mostrando sobre cubierta á

sus compañeros armados con afilados yataganes y dispuesto á pelear.

La afiicion de Vasconcellos fué inmensa.

Desde aquel momento no pensó más que en su hija.

Necesitaba hacer un supremo esfuerzo para vencer á los caribes antes de que pudiesen penetrar en su buque y cautivar á su hija.

Preparó sus soldados para la lid, ocultó á su hija en el camarote, y cuando la galera se acercó á tiro de cañon, disparó contra ella.

Pero los piratas avanzaron resistiendo los disparos de los arcabuces, y las dos embarcaciones llegaron á juntarse.

Lanzáronse los árabes como tigres á las galerías de la carabela, y tomándola al abordaje, sostuvieron una lucha encarnizada con los portugueses.

Almanzor se encontró frente á frente de Vasconcellos, é iba á descargar sobre él su alfanje, cuando se apareció á su vista Blanca, y cayendo á sus piés:

—No mateis á mi padre,—exclamó.

El supremo esfuerzo que hizo para pronunciar estas palabras, la quitó las fuerzas y cayó desmayada.

En aquellos momentos iba Vasconcellos á atravesar con su espada á Almanzor, cuando una bala de arcabuz, disparada por uno de los piratas que le habia arrebatado de las manos de un portugués que quiso defender á su jefe, le atravesó el pecho, dejándole sin vida.

Quando Blanca volvió en sí, se encontró en una

habitacion completamente desconocida para ella, sobre muelles almohadones de damasco, y al fijar sus asombrados ojos en torno suyo, no pudo menos de sorprenderla la magnificencia de los mosaicos que adornaban las paredes y el perfume de los arrayanes que embalsamaban la estancia, penetrando á través de las celosías de una ventana ojival que se abría á un jardin delicioso.

Poco despues se presentó á su vista Almanzor.

Hablaba perfectamente el portugués, y le refirió con lágrimas en los ojos las tristes escenas á que habia dado lugar el combate.

Pero al mismo tiempo la confesó con vehemencia el amor que le habia inspirado, y su resolucion de hacerla la más feliz de las mujeres.

Almanzor poseia inmensos tesoros.

Además su fama era justa.

Audaz y valeroso en el combate, poseia en la paz los sentimientos más nobles y más generosos.

Para abreviar: el tiempo y las atenciones del pirata despertaron en el corazon de Blanca un afecto tan raro, tan desconocido, tan vehemente como el suyo, y fué su esposa.

En medió de los goces que hallaba en torno suyo, no podia menos de acordarse de su padre, de sus costumbres, de su religion, y Almanzor no sabia qué hacer para desterrar la tristeza que leia en sus ojos.

De su amor nació un hijo, y horrorizada Blanca ante la idea de que fuera musulman, desde muy niño

comenzó á sembrar en su corazon las semillas de la fé cristiana.

Trascurrieron veinte años, en los cuales aumentó sus riquezas Almanzor y llegó á ser esclavo de su esposa.

Ella amaba tanto, que con tal de que correspondiera á su cariño la prometió entregarse á sus preceptos religiosos, cultivó en el corazon de su hijo la fé que ella profesaba, y aún hizo más.

Para aliviar la tristeza de su esposa, la prometió enviarla á Portugal, ó permitirle al ménos que hiciera un viaje, con la única condicion de que le dejase á su hijo, prenda segura de que volveria.

Deseaba tan vehemente Blanca volver á ver á su patria, encontrar allí un templo católico y poseer ante la imágen de Dios y de la Virgen, que olvidando la gratitud que debia á Almanzor, concibió el plan de separarse de él para siempre, y hacer que su hijo, aun cuando se quedase en compañía de su padre, fuese á reunirse con ella.

Almanzor preparó una expedicion para realizar el deseo de Blanca.

Llenó gran número de arcas con el oro y las joyas que tenia en su palacio, objetos todos que representaba una fortuna inmensa, y quedándose con su hijo, envió á Blanca á realizar su dorado sueño.

Puso en libertad á varios cautivos para que la acompañaran, y algun tiempo despues corrió en Lisboa la noticia de que la hija del célebre marino Vasconcellos habia llegado con un rico tesoro.

Se dijo que su padre y ella habían sido cautivados, que más tarde habían podido escaparse á las posesiones que tenia Portugal en Africa, que allí se habia enriquecido Vasconcellos, y que al morir habia dejado á su hija infinitas riquezas, que llevaba á Lisboa para pasar en la opulencia el resto de sus dias.

Blanca quiso ocultar á todo el mundo sus amores con Almanzor, y sólo confió á fray Bartolomé la verdadera historia de su vida.

Esperaba de un momento á otro la llegada de su hijo, que le habia ofrecido antes de partir que iria á reunirse con ella.

Pero necesitaba en Lisboa una persona de confianza que pudiese administrar sus intereses y convertir en oro aquellas ricas joyas que en tantos años habia atesorado Almanzor, y le habia dado para que con ellas deslumbrase en Lisboa á las mujeres más distinguidas de la corte.

Nadie mejor que Américo Vespucio para desempeñar el cargo de mayordomo, secretario y agente de Blanca.

Fray Bartolomé pensó en él, y le propuso á Blanca.

La proposicion fué aceptada.

Capitulo LXXVI.

Ventajas de no dejarse seducir por las malas tentaciones.

Américo Vespucio entró al servicio de Blanca, y simpatizó tanto con ella, que no tardó en confiarle una gran parte de sus proyectos para que le secundase.

Ignoraba aún el jóven la importancia del tesoro que poseia su ama; pero de todos modos, se prometia encontrar en su generosidad la base de la fortuna que necesitaba para cumplir la promesa que habia hecho á su hija.

Aún no hacia un mes que estaba al servicio de la esposa de Almanzor, cuando llegó Isabel á Lisboa, le buscó y le anunció la desaparicion de su hija.

Esta noticia le consternó.

En cierto modo no necesitaba ya asegurar el porvenir de Esperanza, porque habiéndosela llevado en